RML

Encanto

Entro al barcito de la esquina y lo primero que logro advertir, en la penumbra, es a una joven. Ella está vestida con un traje largo y vaporoso desplomada sobre una mesa. Lleva una tiara sobre su cabeza y de inmediato pienso que es una princesa salida de un cuento. Me acerco y para mi sorpresa se parece a la Cenicienta: rubia, con solo un zapato de cristal puesto y su vestido de raso es celeste con blanco. Está dormida con su cabeza apoyada sobre un brazo y con un vaso semi vacío en una mano. Parece estar muerta y me tomo la libertad de recorrer con mis ojos su torso hasta dar con su esbelto tobillo y un diminuto pie desclaza que se asoma por debajo de su enagua. Su traje es del mismo celeste del mar caribeño y su cabello es de un rubio radiante que brilla como el sol con el resplandor de la luz de las velas. Su carita descansa apacible y al acercarme veo que está zurcada con maquillaje trasnochado. Quedo parado unos segundos, clavado al piso como una estaca, para contemplarla y siento en mi pecho el aleteo del nacimiento de una gran pasión.

Me siento a la barra, sin dejar de darme vuelta para mirarla un par de veces, le pregunto al barman:

— Y esta belleza, ¿de dónde salió?
— El Lucho, del turno anterior, la dejó de regalo. Estaba digna como una reina cuando llegué y ahora ronca como un ogro.
— ¡Qué belleza!.
— Sí, bonita pero buenaza para el copete. ¿Cuándo llegará su principe para que se la lleve? Necesito la mesa para un enano que le gusta pedir un trago fino llamado “beso de hadas” espolvoreado con pétalos de rosa sobre una bandeja humeante y da buena propina.
— No me intersa saber lo que puede estar pidiendo ningún enano ni el mismito Alejandro Magno: la bella es mi dueña.

La contemplo y siento que mis pupilas se derriten, respiro profundo y definitivamente estoy poseído por progesterona XL que galopa por mis venas. Levanto el brazo y con el puño golpeo mi pecho a lo Tarzan tres veces y proclamo:

— Aquí está, pués. Yo soy su príncipe.

El barman me mira de reojo, y escucho un suspiro mientras sigue pasándole el paño a los vasos que están sobre el destilador y luego los va devolviendo a sus repisas uno por uno. Yo siento como la cerveza circula desde mi boca hacia mi garganta pero no logra refrescar el ardor dentro de mi.

La saboreo con cada sorbo y vez en vez giro la cabeza para observar si mi bella Cenicienta abre un ojo. Pido una segunada cerveza y cada vez me cuesta más dejar de adorarla. Siento que irradia centellas que calientan más y más mis venas. Ella es una luz que me revuelve, y, a su vez, la hace brillar a ella como un astro celestial entre las cuatro paredes del boliche con olor a encierro, colillas añejas de cigarro que rebalsan ceniceros y cascaras de maní desparramadas por el piso.

Desde la mesa más cercana a la de mi bella, observo a un tipo ceboso, con un culo que desborda su silla, sujentando un vaso de whiskey en su mano y con una botella semi llena sobre la mesa. La mira de forma insistente como si estuviera desvistiéndola con cada pestañeada y cada vez que toma un sorbo, lame sus labios como si estuviera saborenadola. Poco a poco ha ido acercando su silla a la de ella. Entre sus lamidos y su paulatino acercamiento, su intención es clara y la rabia me hierve al saber que él se cree que podría ser su salvador.

Estoy por ir a rescatarla cuando ella hace un leve movimiento con su mano y logra levantar la cabeza y vacía de un sorbo su vaso. El guatón retrocede y vueleve a su lugar. Luego, ella intenta un aleteo moribundo en el aire y el Lucho se acerca a ella con

otro tequila. Le reprocho la acción con mi mirada y él levanta una ceja como diciendo “es mi pega.” Luego, antes de volver a la barra, me guiña el ojo y me hace tomar nota del ceboso de la silla que se ha vuelto a acercar.

Me paro de golpe y detengo al guatón agarrándolo del brazo y lo increpo:

— ¿Qué pretendes? Ni se te ocurra.

— Hombre, suelta. ¿No se te hace tarde para ir a alguna parte? Tu corcel blanco te debe estar esperándo y el mio aun no llega. —Suelta una carcajada y se sirve otro taco de whiskey.

Miro a la chica y pido la tercera. Siento que el deber obliga a que me quede mientras el guatón ceboso suelta otra carcajada burlesca y les grita a los otros del fondo:

— Miren a este … se cree el príncipe valiente que salvará a esta princesa destronada.

Todos ríen y se burlan. Escucho algunos de los gritos que vienen desde todas las direcciones:

— Es una suelta esa cabra. ¡Qué te importa!

— ¡Déjala, y hazte hombre con otra!

— Acaso eres el buda de las curadas.

— ¡Imbécil baboso!

— Andate a la mierda y déjala ahí no más, es una puta que nos puede salir gratis.

— Hijito de mami, vuelve a lo tuyo.

Entre los feligreces, desde el otro extremo de la barra, el enano con una magnífica barba rojo fuego, mueve una mano, que parece una helice de helicoptero por su tamaño, en el aire. En la otra sujeta entre dedos descomunalmente largos una copa

media llena con un líquido verde esmeralda. Patea el piso con un botín colosal de charol azul que hace sonar los vasos de la barra y pide una repitición.

Para mi sorpresa el barman deja caer el paño del secado y produce una humeante bandeja plateada con una jarra de cristal llena de la misma poción verde esmerlada que hay en la copa del enano. Se acerca a la mesa de él y hace una reverencia:

—Mi señor, le traigo otro “beso de hadas”, esta vez en una versión especial de la casa. Me tomé la libertad de espolvorearla con pétalos de pensamientos color obispo, gotas de Saint Germain, sumo de rosas rojas del Ecuador y un toque de jenjibre de la China. Pruebe usted la dulzura y magia que le ofrendo.

El enano se deleita con unos sorbos mientras las burlas y gritos de los feligreses continuan. Soy nadie entre esta jauría mientras veo a la bella que vuelve a reposar su cabeza sobre la mesa.

Derrepente, entre las risas y burlas, un estruendo de vidrios acalla los muros. El viejo chico de manos grandes y zapatos de charol azul azota la mesa con la jarra de cristal y la hace trizas. Luego da un grito mientras golpea la mesa con sus manoplas y la voltea. Su voz hipnótica y grave emerge desde el humo de la bandeja que ha caído al piso:

— Dejad las burlas. Sanguijuelas que haceis vuestro agosto del derrengado que ha sido hipnotizado por la chiquilla.

Emerge el enano desde el humo, bamboleándose con su metro y poco, y camina hacia mi princesa derrumbada, la alza y la deja caer sobre un hombro. Camina con dificultad con la joven colgando y se enredan sus pies con el vestido que va a la arrastra. Al poco andar, cae la corona de la joven al piso y su cabello suelto centellea como hilos de oro bajo el sol mientras va barriendo el piso. Siento un misterioso

impulso y los sigo. Me agacho y recojo la corona con una mano y camino detrás de ellos haciendo las veces de un guardaespalda. El vestido se atasca en una silla; lo suelto y lo llevo en mi mano levantado para que no vuelvan a tropezar.

Una vez en la vereda, no sabiendo por qué, le entrego la corona al enano, le retiro el zapato de cristal a la bella y le cubro los piececitos con su vestido. Quedo pegado sobre la vereda con el zapato de cristal en mi mano y los veo alejarse.

Verifico, mirando sobre mi hombro, que ninguno de los de la jauria de adentro nos ha seguido a la calle. Observo boquiabierto como el enano y mi bella se van alejando por la vereda; aunque recito una y otra vez que los enanos son tan chicos que no cabe la maldad en ellos, no me convenzo.

Los sigo con mi mirada y estrujo el zapato en la mano. El taco perfora mi palma. Veo, gota a gota como mi sueño se desangra sobre el concreto. Otro parece estar haciendo realidad mis pensamientos. Miro a mi alrededor y veo una resplandeciente bicicleta blanca apoyada en un árbol. Es mi corcel blanco al alcance de mi mano. Guardo el zapato en mi bolsillo, limpio la sangre de la palma de mi mano y la monto. Pedaleo con furor hasta que un galope suave y constante me lleva hacia mi amada. Las manecillas del reloj pronto darán las doce.